



Juan Gabriel Valencia

## Entre el engaño y la esperanza

**M**e gustaría retractarme de lo dicho la semana pasada en este espacio, en el sentido de que el país avanza aceleradamente hacia la mediocridad o algo peor, pero todavía no. Hay dudas fundadas de que el gobierno pueda pasar de los hechos del discurso al discurso de los hechos.

En el mensaje del presidente Calderón, el pasado 2 de septiembre, hay una buena noticia y una mala. Primero la mala: no puede ser que a estas alturas de la historia y de la grave crisis por la que atraviesa el país —no sólo económica—, la política esté sujeta a la “estrategia” que dicten, conjuntamente, el operador de medios, el encuestador, el hacedor de discursos y el afán de nutrición del ego del propio Presidente. Si se le había impedido leer su Informe y ya se le había entregado al Congreso de la Unión para su análisis, que los congresistas se enreden en esa tarea; el tema de Felipe Calderón ante la nación, que no frente a su obligación constitucional ante el Congreso, era el presente y el futuro de México, no la dudosa validez de sus logros en el tercer año de su administración. Fue la retórica del autoengaño destinada a los que le decían hace poco “siga valiente, señor Presidente”. Sí, síganle, a ver adónde llegan así.

La buena es que el discurso es esquizofrénico y en la segunda parte del texto hay una suerte de brote sicótico de lucidez, en sus propios méritos, elogiabile y atendible. Con los diez elementos enunciados por el Presidente para cambiar a México difícilmente alguien puede no estar de acuerdo.

Faltarán otros, el fraseo de los planteados podría haber sido más feliz, la voz y el lenguaje corporal tenían un umbral superior de éxito. Es lo de menos. Lo importante es que en las palabras del Presidente cobraron vida y realidad política aspiraciones y anhelos mayoritarios y multitudinarios, casi de consenso, con la reserva natural de los autócratas y déspotas de siempre.

Entiendo que al Presidente le importa un bledo que le crean. En efecto, la historia factual del país no es de creencias sino de realizaciones. ¿Por qué pensar, que no creer, que ahora sí hay condiciones para sacar adelante esas reformas que planteó cuando no pudo hacerlo en tres años? ¿Cómo se han modificado esas condiciones a la mitad

**Hay dudas fundadas de que el gobierno pueda pasar de los hechos del discurso al discurso de los hechos**

del sexenio para afirmar la viabilidad de las reformas propuestas?

En nueve años, que no en tres, ha faltado el mínimo oficio. Los nueve años de gobierno panista han sido en su mayoría de advenedizos. Los recién llegados, ya no tan recientes, no han sabido historia, secuencias, reconocimiento adecuado de interlocutores, ingeniería constitucional, administración pública, identificación de tiempos, distinción entre lo público y lo privado, separación entre el ánimo del partido y la función de gobierno, la diferencia entre lo instrumental y lo estratégico, la disyuntiva entre la infertilidad política de la lealtad y el parentesco, por un lado, y la capacidad y el profesionalismo, por otro.

¿Algo de eso ha cambiado? ¿Han cambiado los actores y la trama de intereses de los que se quejaba el Presidente en su mensaje por haber impedido los cambios? ¿Ha cambiado el oficio de sus colaboradores? No, porque cuando apenas empezaban a aprender, tras de errores de párvulos, los electores, con justa razón, ya los echaron, o el destino trágico, que no la decisión po-



lítica, hubo que sacarlo de la vida.

Han sido tres años de falta de diagnóstico, ignorancia, imprevisión, faccionalismo partidario, sometimiento a la publicidad, triunfalismo, gestación efímera de una clase política de muchachitos ñoños, de exhibicionismo personal de valentía y decisión a costa del trabajo y de la imagen de la mejor y quizá única institución que tiene México, —las fuerzas armadas.

Es muy tarde; improbable pero no imposible. En los meses por venir, en la discreción y el sigilo, si los hay, de la operación política, veremos si el discurso del presidente Calderón se encamina a acciones

concretas consecuentes con sus palabras o sólo se trata de una pose testimonial cuya premisa es de antemano su renuncia al cambio con fines electorales hacia 2012. No le quedan tres años. Le quedan ocho meses. De esta fecha al 30 de abril del 2010. Después, todo son elecciones y la temporada de las desavenencias. Si el Presidente va en serio, se requiere un cambio drástico en su equipo, sobre todo de los más cercanos; talento, que en tres años no lo ha demostrado en suficiencia; humildad y moderación junto a ambición; y poner por encima del apetito electoral de su partido, gobernar México. ■■

[juangabriel\\_valencia@yahoo.com.mx](mailto:juangabriel_valencia@yahoo.com.mx)

